

Reunión

Por: Gentleman

Camilo abrió lentamente los ojos e, instintivamente, extendió su brazo derecho para posar su mano sobre la mesita de noche. Unos pocos segundos después, su celular comenzó a emitir la alarma.

Apenas sintió el sonido que hacía el aparato al vibrar, lo dio vuelta, de modo que la pantalla quedara contra la madera. El celular tenía esa función: al girarlo, la alarma se suspendía automáticamente por cinco minutos.

Se sentó en la cama y se restregó los ojos. Se masajeó suavemente las bolsas debajo de los mismos, limpiándose torpemente las lagañas. Logró reprimir un suave eructo, emitiendo en su lugar un prolongado bostezo.

Permaneció en esa posición el tiempo suficiente para que la alarma volviera a sonar. Apenas sintió la vibración del celular, la apagó antes de que la consabida melodía comenzara a brotar del pequeño parlante. Sonrió tontamente al pensar que lo único que conseguía ese tono cada vez que lo oía era darle más sueño. Pero no deseaba dejar su alarma en vibrador, puesto que no confiaba en que ésta lo despierte si lo hacía. Un par de veces lo había intentado, en fin de semana, para experimentar, mas fue inútil: se levantó varias veces en la noche, creyendo que la alarma ya había sonado sin que él se despierte.

Se colocó las pantuflas y se acercó al perchero. Con el aletargamiento que sólo puede provocar el sueño, deslizó sus brazos dentro de la bata, atándola con un torpe nudo que no le duró más de dos pasos.

Las suelas producían un sonido rasposo mientras arrastraba los pies hacia el baño, celular en mano, para lavarse la cara.

El agua lo despabiló lo suficiente para realizar un detallado análisis de su rostro. Con una mano húmeda aplastó los rebeldes cabellos sobre su coronilla, repitiendo el proceso un par de veces hasta que consideró que estaba lo suficientemente peinado. Palpó suavemente las bolsas bajo los ojos, como había hecho antes en la cama, ejerciendo una leve presión sobre ellas, como si quisiera hacerlas desaparecer.

Rascó con suavidad su barba de tres días, sopesando por un momento si valía la pena o no afeitarse. Decidió no hacerlo luego de unos segundos de deliberación, optando en su lugar por recortarse un poco el flequillo, ya que éste comenzaba a tocarle el entrecejo. Nada del otro mundo, sólo tomó la tijera y lo dejó un par de centímetros más corto. *Mañana tendría que ir al peluquero* pensó, tratando de medir su cabello con el dedo índice y el mayor.

Volvió a mojarse la cara, la secó con la toalla y miró la pantalla del celular. *Miércoles...* Mitad de semana. También miró la hora: las siete menos diez.

Fue a la cocina-comedor. Miró por la ventana con ojos entrecerrados, hacia la calle. Era una mañana gris. Las nubes cubrían el firmamento, mientras que una franja azul oscuro teñía la totalidad del horizonte. Aguzando un poco más la vista, notó que caía una fina garúa.

Frunció el entrecejo mientras bajaba la vista para ver nuevamente la hora en su celular, la cual seguía siendo la misma. Levantó la mirada. *¿Vendrá...?* Se preguntó, pero se respondió a sí mismo un segundo después, asintiendo con convicción.

Enchufó la tetera eléctrica y bajó el interruptor, mientras ceñía sus dedos en torno a una taza que había junto a ésta. Estaba cubierta con la tapa de un frasco, la cual Camilo retiró para poder percibir el aroma de su contenido. Era café, el cual había dejado ya batido, como hacía todas las noches. El

contenido se había secado ligeramente, por lo que tuvo que volver a humedecerlo con un par de gotas de agua. Lo revolvió con desgano, mirando cómo el marrón claro de la superficie se mezclaba con el marrón oscuro del fondo, formando un patrón en espiral que resultaba casi hipnótico.

Se acercó a una pequeña escalera de mano, de tres peldaños, la cual utilizaba para llegar a las alacenas más altas, y la abrió para convertirla en un asiento.

El silbido de la tetera se mezclaba con dos sonidos: el lento tic-tac del reloj de pared, y los latidos aletargados de su corazón, los cuales parecían zumbiar tenuemente en sus oídos. Aún sentía algo de sueño, por lo que cabeceaba intermitentemente. Siempre tenía la vista fija en la ventana, en esa fina garúa que desde el interior de su casa era apenas perceptible, pero que mojaba lo suficiente los fresnos de la calle como para que sus hojas goteen, formando pequeños charcos.

El chasquido del interruptor de la tetera lo sacó de su ensimismamiento. Sacudió la cabeza, tratando de desprenderse de la modorra que lo había invadido, y llenó lentamente la taza con agua.

Nuevamente, miró por encima de su hombro, hacia el reloj de pared: habían pasado un par de minutos de las siete.

Por el rabillo del ojo, notó movimientos en la acera de enfrente. Era Pablo, su vecino, quien estaba sacando del garaje su Citroën 3CV, color celeste claro. La máquina estaba impecable, a pesar de tener más de veinte años encima. Camilo lo observaba a través de la garúa, dándole lentos sorbos al café.

Como era usual, los vecinos de Pablo habían colocado sus vehículos de tal modo que sólo quedaba un pequeño espacio para que él pudiera sacar el suyo, pero Camilo sabía que eso no era problema. Había visto a Pablo maniobrando con el 3CV infinidad de veces. A pesar de la aparente dificultad que representaba manejarlo (comparado con los autos modernos), él lograba deslizarlo por cualquier espacio, y estacionarlo pegado a la acera desde cualquier posición.

Se acomodó nuevamente en la pequeña escalera y contempló el espectáculo. Pablo puso en contacto el 3CV, el cual escupió una nimia bocanada de humo. Con una habilidad envidiable, Pablo logró que su auto se entre los dos vehículos y atravesó la totalidad de la calle. Entonces, giró a último momento y se detuvo justo antes de que la rueda trasera impacte contra el bordillo. Luego, se enderezó para quedar paralelo a la acera, a casi cinco centímetros de la misma.

Pablo se bajó con lentitud, cerró la portezuela y se quedó estático unos segundos, admirando su obra, asintiendo lentamente con satisfacción.

Un sexto sentido debió avisarle que estaba siendo observado, porque volteó súbitamente la cabeza y miró a Camilo con ojos entrecerrados a causa de la garúa. Éste, en su sorpresa, sólo atinó a retrepase en su improvisado asiento y a levantar la mano izquierda, mientras le daba otro sorbo al amargo café. Pablo realizó un corto asentimiento mientras levantaba el pulgar. Fue a su casa, cerró el garaje, y partió, no sin antes volver a saludar a Camilo, quien le devolvió el saludo, agitando la mano esta vez.

Se quedó sentado unos segundos después de que Pablo se hubiera ido. Luego, bajó la vista hacia su café y lo inclinó levemente: había consumido la mitad de la taza.

Suspiró, se puso de pie, dejó el recipiente junto a la tetera eléctrica, y acercó la escalera a una de las alacenas. Se subió con pasos inseguros, ya que en los últimos años había desarrollado una especie de vértigo, que no tan fuerte como para marearse al subirse a la escalera, pero sí lo suficiente como para sentir un hormigueo desagradable al subirse al peldaño más alto de la misma. Por suerte, era un hombre de estatura elevada, por lo que ya en el segundo podía llegar a la alacena.

Entreabrió la puerta y deslizó ciegamente la mano dentro. Buscaba un paquete de galletitas. Cualquiera. En realidad, como cada mañana, no tenía hambre, pero sabía que no era conveniente entrar a trabajar con el estómago vacío, además de que no era recomendable beber infusiones en la mañana sin el acompañamiento de algo sólido (o, en su defecto, de mezclarla con algo de leche, para hacerlas más “ligeras”).

Sus dedos palparon un paquete rectangular. Encerró sus dedos en torno a éste y lo sacó de la alacena para contemplarlo mejor: galletitas de agua. Era un paquete ya abierto y vuelto a cerrar con una bandita elástica.

Camilo dio un corto cabeceo y se bajó lentamente de la escalera. Agarró la taza con suavidad para dirigirse a la mesa de la cocina-comedor. Se sentó a la cabeza de la misma, retiró la bandita elástica del paquete de galletitas, y comenzó a comer frugalmente, dándole al café sorbos aislados, ya que aún no se había enfriado lo suficiente como para darle un largo trago.

Mientras masticaba, localizó el control remoto y encendió el televisor, el cual estaba puesto en un canal de documentales. Apretó el siete, número del noticiero local.

Apenas cambió, el canal mostró un paisaje gris y una calle llena de charcos. El zócalo hablaba de un accidente automovilístico que había sucedido en las afueras de Ciriano, una ciudad ubicada a treinta kilómetros. Aparentemente, un conductor había pasado por encima de un bache a demasiada velocidad, derrapó unos escasos metros, y terminó impactando a un camión que venía de frente. En ese momento, los presentadores estaban en comunicación telefónica con un periodista de Ciriano, el cual comentaba que el bache lleva años allí, y que es perfectamente visible, pero que la lluvia de la noche anterior lo había llenado de agua, haciéndolo parecer un charco cualquiera. Luego, comenzó a cargar contra las autoridades, tanto locales como nacionales, sobre la irresponsabilidad que significaba tener las rutas en tan deplorable estado.

La cámara cambió entonces para filmar el auto. Camilo levantó las cejas con sorpresa, ya que el vehículo parecía una lata aplastada. Lo único que pudo distinguir es que era un Volkswagen blanco, pero su deplorable estado no permitía adivinar de cuál se trataba. Por la curvatura del portaequipaje (lo único relativamente sano), pensó que podía tratarse de un Gol, mas no estaba seguro.

El periodista en ese momento comentaba que el conductor del auto viajaba solo, y que no había sobrevivido. Por otro lado, el chofer del camión había salido casi ileso, salvo por algunas lesiones menores, pero que estaba completamente devastado.

Camilo terminó las galletitas, sintonizó un canal en el que pasaban música las veinticuatro horas, y se dirigió al cesto de la basura para tirar el paquete vacío. Como también tenía la taza de café en la mano, casi comete la imprudencia de arrojar la taza y beber del paquete. Esto le provocó una leve sonrisa al comprender la estupidez que estuvo a punto de cometer. Finalmente, desechó el paquete antes de mirar al reloj de pared: pocos minutos faltaban para las siete y media.

Suspiró, encogiéndose lentamente de hombros. *Tengo que cambiarme.*

Limpio con un paño las migas que habían quedado sobre la mesa, puso la taza para lavar, la llenó con agua hasta la mitad, y se dirigió hacia su cuarto, sin dejar de arrastrar los pies en ningún momento.

Se desnudó con parsimonia, dejando nuevamente la bata en el perchero. Fue hacia su armario de tres puertas y abrió la de la derecha. De un pequeño cajón que se hallaba dentro del mueble sacó un par de calcetines junto a una corbata de color rojo. De la puerta central, un traje color azul oscuro y un pantalón que hacía juego, el cual estaba doblado en el mismo gancho para la ropa. Su guardarropa no era abundante ni variado, pero sí lo cubría para sus necesidades. El compartimiento del medio (el más ancho) apenas guardaba tres trajes, los cuales usaba para ir a trabajar, y unos pocos abrigos, que veían la luz del día solamente en invierno. De los tres trajes, dos eran azul oscuro, y el restante, negro.

Finalmente, de la puerta de la izquierda, eligió una camisa blanca. La miró bien, y notó un pequeño agujero junto al cuello, cerca del hombro derecho. Frunció el ceño ligeramente, pensando que quizás fue una polilla. Trató de pasar su meñique, pero el agujero no era tan grande para permitirlo, así que simplemente se encogió de hombros. *Después de todo –pensó–, nadie va a notarlo.*

Se vistió con lentitud, dejando para lo último la corbata y la parte superior del traje. Rebuscó los zapatos debajo de la cama y cubrió el interior con una fina capa de talco, el cual tenía guardado en su mesita de noche.

Fue al baño para poder hacerse el nudo Windsor con mayor comodidad, ya que le gustaba hacerlo frente al espejo, y en su habitación carecía de uno.

Antes de ponerse la corbata, se lavó los dientes, teniendo cuidado que la espuma no le cayera sobre la ropa. Escupió con cuidado de no salpicarse y separó los labios para analizar sus dientes. No presentaban una blancura envidiable, pero su tonalidad era más que aceptable.

Finalmente, luego de unos minutos, volvió a la cocina-comedor, totalmente vestido y perfumado. Miró la hora en el reloj de pared: siete y cuarenta.

A través de la ventana, la garúa se había hecho más espesa, formando una bruma que desdibujaba el paisaje, haciendo que todo pareciera un cuadro pintado con acuarela.

Camilo tragó saliva lentamente mientras se ajustaba la corbata, no porque ésta le quedara floja, sino como un movimiento mecánico que mostraba un ligero nerviosismo.

Un pensamiento sencillo, constituido por apenas tres palabras, atravesó su mente como una bala: *Quizás no venga.*

Tragó saliva nuevamente, pero alejó sus dudas sacudiendo la cabeza. Logró convencerse de que la garúa no podría detenerla, por muy fuerte que fuera. Quizás una tormenta, o una lluvia abundante. Pero no una garúa.

Se dirigió, entonces, al refrigerador. Lo abrió, e inspeccionó lentamente su contenido, el cual no era mucho: apenas un poco de carne, la cual cocinaría para el almuerzo, un táper con salsa que siempre tenía hecha para acompañar con pasta, dos botellas de agua, un trozo de queso, y media docena de huevos.

Pero Camilo no sacó nada de eso. Él buscaba otra cosa. Su vista se clavó en el racimo de bananas que estaba casi oculto, en un rincón. Apenas quedaban tres, y su piel, otrora amarilla, se hallaba cubierta de grandes manchas marrón oscuro. Las sujetó con suavidad, teniendo cuidado de no presionarlas demasiado.

De uno de los cajones sacó un cuchillo y una gastada tabla de plástico, la cual usaba para cortar carne y vegetales. Con cuidado, arrancó una de las bananas del racimo para proceder a quitarle la piel. Casi la totalidad de la fruta estaba pasada de maduración, excepto la punta, la cual cortó para comerla él mismo. Paladeó un par de veces, ya que aún perduraba en su boca el sabor mentolado de la pasta de dientes.

Cortó una ancha rodaja de la banana y guardó las que aún quedaban en el refrigerador.

Sujetó el rollo de servilletas de papel y arrancó una. La línea puntuada no estaba bien hecha en un extremo, por lo que el último tramo parecía haber sido arrancado con los dientes.

Con parsimonia, sintiendo cómo las yemas de sus dedos se adherían al papel, dobló la servilleta por la mitad. Colocó sobre ésta la rodaja de banana y se caminó, fruta en mano, en dirección a la ventana.

La abrió de una sola vez, ya que solía trabarse con facilidad, e inspeccionó qué tan mojado estaba el marco. Como el poco viento que había soplaba desde el sureste, la garúa que caía se alejaba de la pared, empujando las pequeñas gotas hacia la calle. Arrastró un dedo por el alféizar: estaba apenas húmedo.

Extendió una de sus manos hacia el exterior, sintiendo como la garúa empapaba la punta de sus dedos. A pesar de que no los mojaba como si fuera una lluvia, bastaba para cubrir sus yemas con una fina película de agua. Esto redobló su anterior preocupación, pero sacudió nuevamente la cabeza para alejar esos pensamientos.

Finalmente, depositó su particular carga sobre el alféizar.

Se acercó a la pequeña escalera, se dejó caer sobre la misma, y esperó. Tenía la mirada fija en la rodaja de banana, totalmente abstraído. Tanto, que por un momento temió que se le fuera a hacer tarde para ir a trabajar, mas se calmó al comprobar el reloj: lo que él había interpretado como largas horas, eran apenas escasos minutos.

Y entonces, llegó.

Aleteando bajo las gotitas con gráciles movimientos, haciendo dos o tres volteretas en el aire antes de pararse sobre el alféizar. Allí estaba lo que Camilo había estado esperando toda la mañana.

Era una mariposa.

Con cuidado, el pequeño insecto se acercó a la servilleta con pasos cortos, como si los estuviera midiendo. Dio un corto salto, moviendo con rapidez las alas, y se posó sobre la fruta. Entonces, extendió su pequeña espiritrompa y comenzó a alimentarse.

Camilo se levantó de su improvisado asiento. Estuvo estático un par de segundos, para luego acercarse a la ventana con pasos lentos, vacilantes. No deseaba hacer el más mínimo sonido.

Apenas estuvo a una distancia que consideró suficiente, se acuclilló para poder apreciar mejor a tan delicada criatura. Había algo en ella que nunca dejaba de fascinarle, mas no podía dilucidar qué era, aunque había ciertas cosas a las que le prestaba más atención. La forma en la que se alimentaba con su probóscide. El movimiento sutil que hacía con sus alas coloridas.

Un pensamiento acudió a su mente mientras miraba cómo se alimentaba la mariposa. Rememoró los sucesos de esa mañana, haciendo hincapié en la genuina preocupación que experimentó al ver la garúa, al preguntarse si la mariposa vendría o no vendría.

Por primera vez en la mañana, rió. No era una carcajada estridente, sino apenas una risilla que se escapaba por entre sus labios. No reía por considerar gracioso el escenario, sino que era una risa que podía fácilmente ser reemplazada por un par de lágrimas, de esas que ruedan solitariamente por las mejillas de uno, y que mueren incluso antes de llegar al mentón.

Se irguió, levantó la vista, mirando sin ver el escenario desdibujado que se le presentaba más allá del hueco de la ventana, y articuló en palabras aquello que estaba rodando por su mente.

–Estoy tan solo...